



Prólogo de
Luis María Anson

YO, EL BARÓN

THYSSEN

MEMORIAS

Con la colaboración de
José Antonio Olivar

 Planeta

HEINRICH THYSSEN

YO, EL BARÓN THYSSEN

Memorias

Edición a cargo de Carmen Thyssen

Prólogo de Luis María Anson

Con la colaboración de José Antonio Olivar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María del Carmen Thyssen Bornemisza de Kaszon, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: archivo personal Carmen Thyssen

Primera edición: septiembre de 2014

Depósito legal: B. 12.063-2014

ISBN 978-84-08-10579-4

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Prólogo</i> , por Luis María Anson	11
<i>Presentación</i> , por Carmen Thyssen	13
<i>Introducción</i> , por José Antonio Olivar	15
1. Cuando nací, sólo me estaba esperando mi abuelo	19
2. La saga de los Thyssen	33
3. Heinrich Thyssen: un alemán que profetizó los horrores nazis	67
4. Años de juventud	87
5. Al frente del imperio con veintitrés años	105
6. El entramado empresarial de los Thyssen	123
7. Mis hermanos y el reparto de la herencia	145
8. Mis cuatro primeras esposas	157
9. Tita y yo: el destino	185
10. Temple de acero y alma de artista	201
11. Mis descendientes	241
12. La colección sale de Villa Favorita rumbo a España: el mayor traslado de obras de arte de la historia	255
13. Anécdotas y curiosidades	283
14. Mi salud de hierro recibe un serio aviso	295
15. La guerra de los Thyssen	305
16. El adiós	317
<i>Índice alfabético</i>	319

CAPÍTULO I

Cuando nació, sólo me estaba esperando mi abuelo

«Cuando nació, sólo me estaba esperando mi abuelo August.» Así, con esta sorprendente y concisa frase, iniciaba el barón Hans Heinrich Thyssen-Bornemisza el relato de su vida una noche de invierno en que la nieve caía incesante sobre Saint Moritz. Nadie más, según él, lo esperaba; y, por supuesto, nadie podía imaginar que ese niño se vería obligado a tomar las riendas del imperio Thyssen con tan sólo veintitrés años, exactamente la misma edad que tenía su abuelo August cuando puso la primera piedra del citado imperio, que inició creando su propio taller de laminado con veinte mil dólares que le pidió prestados a su padre.

Llegué al mundo el 13 de abril de 1921 en Scheveningen, un pequeño pueblo de pescadores de Holanda, que entonces estaba separado de La Haya por un enorme campo abierto. Soy el menor de cuatro hermanos, dos chicos y dos chicas, y un día supe que no había sido un niño deseado por mis padres, quienes, al nacer yo, ya vivían prácticamente separados.

Nací en la planta baja de nuestra casa, que era una vivienda de piedra gris de tres pisos, construida un metro por debajo del nivel del mar, como es habitual en muchas zonas de este país. La dirección era Stadhouderslaan, 126. Después de la segunda guerra mundial se la vendí a una compañía de taxis y posteriormente supe que pasó a ser propiedad de una aseguradora. Había una pista de tenis y muchos árboles. A mí me en-

cantaba trepar por ellos. Creo que llegué a subirme a todos los que había en la finca.

Soy hijo no muy lejano, o sí, de una época ya olvidada que se remonta nada menos que a la monarquía austrohúngara, de cuando Francisco José era todavía el emperador y Europa empezaba a asomarse a un abismo de guerras y revoluciones. El hecho de que mi padre se instalara en Hungría a comienzos de siglo y se casara con la hija del barón húngaro Bornemisza propició una mezcla de paisajes y sentimientos a veces muy contrastados: nací en los Países Bajos, mi padre había nacido en Alemania y mi madre era húngara.

Todos me llaman Heini, apelativo cariñoso que en realidad sólo sirve para no tener que recordar mi nombre completo: Hans Heinrich August Gábor Tasso Thyssen-Bornemisza de Kaszon. Pero la verdad es que, mientras la Providencia guardaba para mí todos estos nombres y apellidos, cuando nací sólo me estaba esperando mi abuelo August.

Fui bautizado en La Haya por un tío segundo mío, el obispo de Szombathely, una ciudad húngara situada cerca de la frontera con Austria. Era primo de mi madre, de origen húngaro, y llegó a Holanda acompañado por el encargado de negocios de la delegación de Hungría en La Haya, János Wettstein, que acudía en representación del embajador. Unos años después, aquel encargado de negocios se casaría con mi madre, a la que conoció precisamente el día en que recibí las aguas bautismales.

En mi bautizo estaba también mi abuelo August, que tenía setenta y nueve años, y que, según me dijeron, acabó llorando de emoción durante la ceremonia, lo que sorprendió a todos porque tenía fama de ser un hombre duro que jamás dejaba traslucir sus sentimientos. Para él yo era su único nieto varón, aunque ya tuviera otro, mi hermano mayor, Stephan, quien casi siempre estaba enfermo.

Creo que fui, en cierto modo, uno de los motivos de la ruptura de mis padres, que se divorciaron cuando yo tenía seis años, cosa que no descubrí hasta mucho después, cumplidos ya los diez. Cuando me lo dijeron, protesté; y, para dejar claro lo disgustado que estaba por una situación que no entendía, me subí al árbol más alto del jardín, un lugar en el que sabía que nadie me encontraría. Permanecí encaramado allí hasta que se hizo de noche. Todos andaban buscándome, aterrados ante la idea de que pudiera haber sufrido un accidente o un secuestro. Finalmente cedí: no estaba dispuesto a pasarme en el árbol toda la noche, muerto de hambre y de frío.

Mi madre siempre se las arregló para ocultar sus desavenencias con mi padre, lo cual me parece bien. Y nosotros no descubrimos las peleas ni el engaño hasta mucho más adelante, porque ambos hacían todo lo posible por no discutir en nuestra presencia. Debo añadir que mi madre nunca criticaba a mi padre. Jamás partió de ella la más mínima acusación, queja o insinuación de que las cosas no iban bien entre ellos.

Era una persona buena y encantadora, y además muy guapa. Vuelvo a mirarla en sus retratos y, aunque le hacen justicia, no acaban de reflejar la profundidad de su mirada, ni la fuerza de su sonrisa. Debo decir que me parezco físicamente más a mi padre, algo serio y circunspecto, como buen alemán, pero que siento por el país de mi madre un vínculo tan extraño como poderoso.

Y eso que fui el único de los hijos que nació en los Países Bajos, lugar al que dos años antes y procedentes de Hungría habían llegado mis padres, ya los barones Heinrich y Margarete Thyssen-Bornemisza de Kaszon, huyendo de Béla Kun, el revolucionario húngaro que el 21 de marzo de 1919 implantó durante unos meses el comunismo en su país.

Lo que mucha gente ignora, en cambio, es que yo soy un hijo de la mostaza. Las cosas andaban mal entre mis padres,

que, como he dicho, se divorciarían seis años después de que yo naciera. Mi madre, fiel a la creencia de una época en la que se pensaba que la mostaza colocada en el pecho hacía subir la sangre, lo que evitaba que pudiera quedarse embarazada, la usaba como anticonceptivo. Naturalmente, el método empleado no le sirvió para nada y, en consecuencia, nació yo, un hijo no deseado pero con el que mi abuelo soñaba.

Por eso él les decía a mis padres: «Debéis tener otro hijo, porque en los tres que hasta ahora me habéis dado no acierto a ver a mi verdadero heredero, al descendiente que me pueda sustituir un día al frente de los negocios». Al final, y con la ayuda de la mostaza, en la que mi madre había confiado para no quedarse embarazada, mi abuelo August se salió con la suya.

No sé cómo ni por qué, pero yo he mantenido y mantengo grabada en mi mente la imagen de mi abuelo casi con más fuerza que la de mi padre, aunque mi abuelo murió cuando yo tenía tan sólo cinco años. Meses antes de su muerte posé con él y con mis padres para una fotografía familiar. Era un hombre amable y serio.

Primeros recuerdos

¿Qué recuerdo de mi infancia? Sobre todo, el mar.

De niño adoraba el mar, que fue mi compañero durante los dieciocho años que viví en Holanda. Hoy lo sigo amando. Por eso, entre todas las casas que tengo, en la que más a gusto me encuentro es en Mas Mañanas, la casa de Tita. Sigo amando el mar y me gustaría pasar la última parte de mi vida cerca de él.

Aunque nació en Holanda, lo cual explica mi amor por el mar, cuando la gente me pregunta de dónde vengo o de dón-

de siento que soy les respondo que me siento de todas partes, que soy del mundo. Todos los países y todos los lugares tienen algo que me gusta.

Uno de los primeros recuerdos que conservo fue el terrible disgusto que le ocasioné a mi niñera, y la consiguiente regañina que ésta me echó, el día que se me ocurrió la travesura de ponerme a jugar con un enchufe. Tendría unos cuatro años y no se me vino a la cabeza otra cosa que coger una aguja grande con la mano derecha, otra igual con la izquierda, y meterlas a la vez en el enchufe. La descarga fue fulminante. Salí despedido y me quedé desmayado, casi muerto. Ese «casi» fue, sin embargo, mi punto de anclaje en la existencia, en la que hoy sigo instalado con mucha fe y muchas ganas de seguir viviendo.

Yo tenía un perro, un chow-chow que a los siete u ocho años me regaló lady Mailing, la embajadora alemana en La Haya. Era fuerte y me adoraba y me obedecía en todo, y fue por este motivo por lo que un día dejó de existir. Recuerdo que lo llamé, sin darme cuenta de que un coche se estaba acercando; él estaba al otro lado de la calle y, al querer cruzar, acabó bajo las ruedas del automóvil. Sentí una pena tan grande que hasta soñaba con él. Durante mucho tiempo no quise tener más perros.

Iba todos los días al colegio en bicicleta. Me levantaba temprano, regresaba a casa para comer y después repetía el mismo trayecto para asistir a las clases de la tarde. Eran unos veinte minutos de ida y otros tantos de vuelta. Salvo la época que siguió al secuestro y asesinato del hijo de Lindbergh, el legendario aviador, tragedia que conmocionó al mundo y sembró el pánico en muchas familias importantes, siempre fui a la escuela en bici. Tras la muerte de aquel niño, mi padre decidió que, durante un tiempo, me llevara y me recogiera diariamente el chófer de la casa.

La escuela era alemana, estaba en La Haya y se llamaba Deutsches Realgymnasium. El ambiente era agradable y casi todos mis compañeros pertenecían a familias de diplomáticos. Al principio —yo entré con ocho años— éramos unos veinte alumnos por clase, pero más adelante, y tras establecerse ciertas medidas de tipo racista —la sombra de Hitler ya aleteaba amenazadora sobre Europa—, acabamos siendo solamente alrededor de seis. Mi bicicleta era una de las peores de la clase. Además, me iban creciendo las piernas, que siempre tuve muy largas, y se me iba quedando pequeña, hasta el punto de que me daba con las rodillas en la cara. Un día escribí a mi padre —yo vivía con las niñeras; y él, ya separado, pasaba largas temporadas fuera, atendiendo sus negocios, y cuando regresaba se alojaba en un hotel— diciéndole que necesitaba otra bicicleta porque estaba creciendo. La respuesta fue muy escueta: «Sólo me escribes cuando necesitas algo de mí». Creo que al final fueron los empleados de la casa quienes me la acabaron comprando. Era aquélla una época en la que el trato entre padres e hijos, además de estricto, era muy distante. Yo respetaba mucho a mi padre: lo que por él sentía era algo así como temor reverencial.

A mí me encantaban las ostras, y un día le pedí a la niñera de mi hermana Gaby, que era quien llevaba las cuentas de la casa, que me las fuera a comprar. Señalándome con el dedo, su respuesta fue: «Te vas a quedar sin ellas porque son muy caras». Me lo dijo porque sabía que mi padre amaba como nadie la austeridad y quería que quienes dependían de él la pusieran también en práctica. Por eso ella y Edda Voltz, mi niñera (de la que más adelante hablaré), querían estar a bien con mi padre y siempre pugnaban por ver quién era la que menos gastaba de las dos. Ante la negativa a las ostras, mi reacción fue marcharme de casa en señal de protesta, pero la fuga otra vez duró poco: me fui de casa por la mañana y regresé por

la noche. De nuevo el hambre y el frío que pasé pudieron más que mi rebeldía.

He heredado parte de aquella austeridad que mi padre ponía en práctica: mi vida ha sido especial, con una mentalidad abierta a todo. Además, nunca llegué a tener la sensación de ser un niño rico y, en consecuencia, supe apreciar desde pequeño el valor del dinero, hasta el punto de que sabía administrarme muy bien con la pequeña paga mensual que mi padre me daba, con la que incluso comencé a reunir una colección de sellos.

Una de las cosas que me fascinaban por aquella época eran los trenes. Cuando viajaba, mi madre me enseñaba las locomotoras de vapor y cómo se acoplaban y desacoplaban los vagones. Me parecía un mundo fascinante, envuelto como estaba todo él por el humo del vapor.

En la última etapa de mi vida en Holanda hubo un detalle singular: en septiembre de 1939, tras acabar el bachillerato, mi padre me puso a trabajar un par de meses en un banco de Róterdam, y todo el mundo menos yo sabía que él era el propietario de aquella entidad financiera. Pienso ahora que, aunque no me diese cuenta entonces, los que trabajaban allí seguro que me miraban con cierta prevención porque creían que él me había mandado para espiarlos. Yo veía en el banco muchas cuentas a nombre de los Thyssen, pero no le preguntaba nada a mi padre porque sabía que no me iba a responder. Por eso me limitaba a cobrar los trescientos florines que me pagaban al mes.

En realidad, mi padre nunca me hablaba de sus negocios. Llegaba hasta un extremo tal que, cuando a mis veintitrés años me dijo que tendría que ponerme al frente de ellos, yo no sabía ni cuántas empresas teníamos ni en qué situación se encontraban, porque nunca habíamos hablado de nada relacionado con sus negocios y sus finanzas. Sin embargo, yo tenía la

ilusión de hacerlo bien y estaba convencido de que lo podía conseguir, de que sería capaz de lograrlo a pesar de las dificultades.

De vez en cuando recibíamos la visita de personas muy importantes, incluida la reina Guillermina de Holanda, cuyo marido, el príncipe Enrique, era amigo de mi padre. En ocasiones así, Edda, mi niñera, me dejaba asomarme al rellano de la escalera para ver cómo iban llegando los invitados. Recuerdo que las mujeres llevaban vestidos largos muy elegantes y muchas joyas que brillaban; los hombres vestían todos de oscuro y se inclinaban para hacer una reverencia a las damas mientras les besaban la mano. Alguna vez había invitados que miraban hacia arriba y, al darse cuenta de nuestra presencia, nos saludaban con un gesto y nos sonreían.

Pero a pesar de todo, y en especial a pesar de la distancia que por entonces existía entre padres e hijos, mi infancia no fue una infancia triste. Yo la recuerdo con cariño, por más que me haya llegado envuelta entre la severidad de las *nurses* y la rigurosidad de la educación propia de aquellos años. Viví la realidad de mi época, de mi familia y de mi entorno.

Miss Voltz y Rafael Birnbaum

Antes de que yo naciera, mis padres contrataron a una niñera, una chica de veinticinco años que procedía de Ulm, una ciudad al sureste de Stuttgart. Se llamaba Edda Voltz y para mí fue una segunda madre. Mujer de ideas avanzadas, poseía una gran cultura, era muy cariñosa y, al mismo tiempo, muy estricta. Cuando los alemanes invadieron Holanda, colaboró con la Resistencia, e incluso participó en algunos sabotajes.

En el otoño de 1940, sin embargo, miss Voltz se suicidó porque no quería seguir viviendo bajo la dominación nazi. La

mente se le llegó a obnubilar y un día, en nuestra casa de Scheveningen, convencida de que Hitler se quedaría para siempre en Holanda y de que yo, que había sido enviado por mi padre a Suiza para no tener que alistarme en el ejército nazi, no podría regresar nunca, abrió la espita del gas. Indudablemente, y junto a la de mi madre, la trágica muerte de Edda fue una de las pérdidas más dolorosas de mi vida.

Por aquel entonces, yo tenía un gran amigo llamado Rafael Birnbaum, que era judío y sobrino del gran rabino de la sinagoga de Berlín. Nos habíamos conocido en el colegio alemán de La Haya. Tras la llegada de Hitler al poder, las cosas comenzaron a ponerse mal en la escuela. A Birnbaum lo expulsaron del centro, pero yo procuré por todos los medios mantener la amistad que nos unía, aunque ya no nos fuera posible encontrarnos en clase o en los recreos. Rafael era muy inteligente y solíamos hacer los deberes juntos. Yo iba a verlo a su casa y jugábamos al ajedrez y a las damas; otras veces era él quien venía a la mía.

Cuando los nazis ganaron las elecciones, dicho acontecimiento se celebró en el colegio a bombo y platillo, y en uno de los actos conmemorativos estaba previsto descubrir un retrato del Führer, que a partir de tan solemne momento presidiría el centro de estudios. Nadie podía imaginar lo que se iban a encontrar cuando se corriera la cortinilla que ocultaba la fotografía, porque yo me había propuesto boicotear de alguna forma los actos que se organizaban a favor de los nazis. Antes del evento, logré trepar hasta una ventana, entré por ella y puse cabeza abajo el retrato, que estaba colocado en una especie de altar y tapado con la correspondiente cortinilla. Horas después, con toda solemnidad y con música de fondo, se procedió a descubrir el marco con la foto: ante la sorpresa de todos, Hitler estaba cabeza abajo. A raíz de mi travesura, los alumnos del colegio fuimos sometidos a un completo adoctrinamiento

ideológico con mayor intensidad. Yo tuve la suerte de estar previamente alertado por mi padre, que mucho antes ya me había advertido del peligro que el nazismo suponía para Alemania y el resto de Europa.

En 1930, cuando yo tenía nueve años, y frente a un cuadro de Rembrandt, me dijo: «Hay un loco que anda suelto por Alemania y, si un día llega al poder, desencadenará una terrible guerra de la que ni siquiera Holanda va a salvarse. Ahora da mítines y hay gente que empieza a seguirlo y se entusiasma con él, pero, si un día llega al poder, ¡pobre Alemania!». Y Hitler llegó un día al poder. Lo que sucedió después quedó vivo para siempre en la mente de cuantos lo sufrieron.

En el colegio, pronto empezamos a recibir lecciones acerca de la supremacía de la raza aria. Una vez me preguntaron cuál sería para mí la mejor forma de lograr la auténtica pureza aria; mi respuesta fue: «Casarse muchas veces para mejorar la raza». Aquella broma me supuso como castigo tener que escribir un larguísimo texto sobre la reproducción de las moscas.

Fui bastante buen estudiante. Me gustaban las matemáticas y la física, pero en lo que más destacaba era en los idiomas, que me serían muy útiles a lo largo de mi vida. Tenía facilidad para ellos y, con el tiempo, llegué a hablar varias lenguas. Fueron años dedicados fundamentalmente al estudio y, ya en la última época, al trabajo en el banco de mi padre. Claro que también tenía mis momentos de diversión.

Recuerdo una anécdota que protagonicé la primera vez que asistí a una reunión social: tenía quince años y mi hermana Gaby me invitó a un cóctel que se daba en el hotel Des Indes de La Haya. Yo estaba encantado de poder asistir por fin a una fiesta de mayores. Muy contento, y ayudado por Edda Voltz, preparé un traje azul, una camisa blanca, corbata roja y zapatos negros. Nada más llegar, el uniformado portero del hotel extendió el brazo de forma claramente desdeñosa y me

dijo: «Los músicos, por la puerta trasera». El equívoco se resolvió enseguida, pero aún sigo riéndome de la cara que pusimos los dos.

El 20 de noviembre de 1939, salí de Holanda para ir a estudiar a Suiza. Fue mi padre quien lo decidió porque sabía que corría el peligro de que me llamaran para alistarme en el ejército alemán. Antes de abandonar el país, me despedí de Rafael Birnbaum y nos pusimos de acuerdo para seguir nuestra amistad por carta.

Queríamos seguir sabiendo el uno del otro, mantener nuestra unión a pesar de la distancia, de la guerra y de cualquier otro obstáculo, por insalvable que pareciera. Recuerdo que, en el momento de despedirnos, Birnbaum me dijo: «Los nazis se han propuesto exterminar a los judíos... Acabarán también con mi familia, nos exterminarán». Recuerdo el temblor de sus ojos azules y el tono de su voz, entre la firmeza y la resignación. Yo le daba ánimos, le decía que no tenía que pensar en eso porque no iba a suceder.

Efectivamente, llegado el momento, los nazis pretendieron que yo fuera a luchar con ellos. Se lo dijeron a mi padre y amenazaron con confiscar sus tierras y negocios si yo no regresaba de Suiza. Él les respondió: «Mi hijo no irá a Alemania y sé que, de todas formas, las tierras y las empresas me las van a acabar confiscando». Si mi padre supo mantenerse firme mientras los invasores nazis imponían por la fuerza su arbitraria ley, no lo hizo a la ligera ni llevado por la insensatez, puesto que ello le habría podido acarrear consecuencias muy graves. Tenía un poderoso argumento y así se lo expuso: «Mi hijo nació en Holanda, pero tiene pasaporte húngaro. Por eso, aunque sea hijo de un alemán, no tiene por qué luchar con Alemania».

Mi amigo Birnbaum y yo sabíamos muy bien que no íbamos a poder comentar abiertamente por carta lo que estaba

sucediendo en la zona ocupada por los nazis, ya que el correo, con toda probabilidad, estaría intervenido. Por eso decidimos contar las cosas en clave, como si se tratara de una partida de ajedrez por correspondencia. Cada figura y cada color eran una letra. Cada movimiento iba a tener también su significado.

Pero un día nuestra partida quedó truncada. La última carta la escribí yo, y fue una misiva que nunca obtuvo respuesta. A pesar de su silencio, seguí intentando saber de Birnbaum. Y toda mi vida lo seguí buscando. Sin embargo, nunca volví a saber nada de él.

Tal como soy

Siempre he sido un hombre muy tenaz, pero sobre todo he sido fiel a mí mismo para hacer y decidir en todo momento lo que he querido. Además, soy muy intuitivo, aunque mi intuición implica siempre reflexión profunda, nunca improvisación. Sin embargo, no tengo ni he tenido jamás una cohorte de consejeros: en mis decisiones me basto y me sobro porque me considero el mejor consejero de mí mismo.

En el emblema o escudo de los Thyssen, destaca esta máxima: «*La vertu surpasse la richesse*» (La virtud sobrepasa a la riqueza). Y, ciertamente, cada uno de mis antepasados le ha ido poniendo el listón más alto a su sucesor, lo cual me parece fantástico, porque creo que lo más importante en la vida es mantener siempre una conducta intachable, basada en unos principios de integridad, de dignidad personal y de caballerosidad. Respecto a mí, he procurado ser también conmigo mismo muy consecuente, y siempre he intentado exigirme mucho a lo largo de mi vida. Siento que soy un hombre con suerte, pero quiero añadir que la suerte hay que saber buscarla

y aprovecharla para que te acabe dando cuanto lleva dentro. Se suele decir que el destino está escrito; lo único que quiero añadir es que debemos intentar encauzarlo con nuestro esfuerzo. De eso se puede concluir que somos nosotros los que en gran medida fraguamos ese destino. Esto era justamente lo que tenía muy claro mi abuelo cuando repetía una y otra vez: «*Wenn Ich rasten Ich rosten*» («Si descanso, me oxido»).

En otro orden de cosas, creo que he sabido mantener a lo largo de los años mis creencias y mis convicciones. Los humanos tenemos un algo especial que, cuando el cuerpo se muere, trasciende a la materia de que está formado nuestro organismo. A eso yo lo llamo —y lo llaman muchos— trascendencia.

Junto a todo esto, yo le sigo rezando cada día al Dios de mi niñez, que sé que nos mira, nos cuida y nos quiere. Lo hago, entre otros motivos, porque al rezar me siento mucho mejor, me siento más unido a esa trascendencia que nos envuelve.